

IX

SED DE AMOR ENTRE LOS TRUHANES

Terminaba la noche.

Las primeras luces del alba comenzaban á sacar de la sombra en que yacían el campanario de la capilla de las Arrepentidas y las robustas torres de San Dionisio, cuando Bernardo de Arma hizo un brusco movimiento y abrió los ojos.

Entonces pudo observar que descansaba, completamente vestido, sobre un mísero jergón, casi en absoluto desprovisto de paja, y apoyándose en un codo miró en torno suyo.

Por efecto de la penumbra que lo envolvía todo, tuvo al principio no poca dificultad para darse cuenta del sitio en que se encontraba, que era una habitación mezquina, con honores de zaquizamí.

Y cuando sus pupilas se acostumbraron á la obscuridad, pudo adivinar, más que verlos, dos cuerpos que á su izquierda mano descansaban sobre la tierra

removida que era el suelo de la habitación, y otros dos que aparecían á la derecha, acostados en un jergón tan escualido y miserable como el que á él mismo servía de lecho.

Frotóse el hombre los párpados, y pensó en voz alta:

— Como me he de morir que ese granuja de Matraca me ha encerrado con lo más distinguido de la hampa parisina, atento á no desmedrar nuestro común y pobre peculio, á no ser que sin haberme dado de ello cuenta me halle ya difunto y enterrado en la fosa común...

El acompasado ronquido de los cuatro durmientes hacía inadmisibles esta última hipótesis.

— Los muertos no roncan así; — pensó Sed de Amor. — Y la deducción lógica de mis observaciones me obliga á completarlas añadiendo: si yo estuviera muerto no los oiría roncar. He aquí un razonamiento que me lleva como por la mano á pensar como el sabio de marras: yo pienso, luego existo. Bueno, ahora se trata de saber en dónde estoy, lo cual constituye otro dilema.

Alargando entonces con energía el brazo derecho, apretó entre sus dedos nerviosos el omoplato del durmiente que tenía más próximo. Liberóse el hombre de la presión por instintivo movimiento hacia atrás, y ello fué causa de que su cabeza chocase reciamente con la de su compañero de lecho. Hubo entre ambos un cambio de amenidades, y se restableció enseguida el silencio reanudándose los ronquidos, sin que ni el uno ni el otro hubiera llegado á despertarse por completo.

— ¡ Cortomontel y Matraca ! — pensó Sed de Amor; — dos hermosos corazones encerrados en grosero estuche. Dormid, amigos míos, dormid cuanto podáis, que buena falta os hace después de nuestro trabajo de ayer y de la pasada noche... Porque ahora me acuerdo ya de todo; sí, de todo...

La luz del día, un poco más intensa á cada momento, ayudábale á poner orden en sus ideas dispersas, así como también á reconocer los dos durmientes acostados en el santo suelo, que no eran otros que los artistas Almizcle y Tafouilleux, los truhanes amigos y protectores de Divina, en cuya casa habían pernoctado él y sus compañeros luego de salir del castillo de Chaumont y de dejar á Glorieta en casa del maestro La Fraicheur y de acompañar á la loca hasta la Corte misma de los milagros.

La demente habíase amodorrado en la habitación vecina, que era la suya, inmediatamente después de su llegada á la misma, encargándose de velar su sueño una antigua conocida nuestra, la gentil bellaca Margarita, viuda de Miguel el chulo, y casada de nuevo con el sin par Torticoli, quien llevó la prevención hasta el punto de abrigar los pies de la loca y su cuerpo tiritante con sus mejores prendas de indumentaria.

Hemos de hacer constar aquí, porque tal fué la verdad, que la llegada de Sed de Amor á la corte de Argot, precisamente en aquella noche en que toda la truhanería andaba alborotada comentando con entusiasmo la destrucción del rescripto real apenas colocado en el poste, hubo de ser acogida con entusiasmo indescriptible.

Este resultado habríalo obtenido por el solo hecho de devolver á los suyos á Divina; pero otras circunstancias concurren fortuitamente, que dieron por resultado el acrecimiento de la ovación que le fuera tributada.

Faustina y Mariola, sirvientas y esclavas de amor, como sabemos, en el establecimiento de la Pulpa, fueron las primeras en reconocer á Sed de Amor apenas llegado éste á la Corte de los milagros.

— ¡ Ese es el joven señor que lo destrozó todo en casa de la señora Mirtila ! — exclamaron al verle.

Y fijándose entonces en él, Isis la bella dijo á su vez:

— El que vació el ojo de Maugiron, mató á du Gaz é hirió al duque de Nemours.

Como quiera que los miñones no gozaban de gran predicamento entre las gentes de la hampa, todos los truhanes, al oír á Isis se apresuraron á rodear á Bernardo, deseosos de contemplar de cerca á aquel rayo de la guerra; y fué entonces cuando Nataniel el leproso, hablando en nombre de Ripaudier, de *la Bola* y de muchos otros excelsos varones, había exclamado con su voz cascada de Matusalem fingido:

— Amigos míos, sabed que dudo si he de dar ó no crédito á mis ojos. Pero se me antoja que ése que ahí vemos entre nosotros, es el mismo poderoso brazo de acero que acompañaba á monseñor Carlos de Entragues cuando los agentes del Pretostazgo nos apalearon en el Puente del Cambio. Sí, el mismo es, por el Dios de Abraham... y también el exterminador de Pielnegra, verdugo infame á quien tanto aborrecíamos... Creed, oh hijos míos, en mi larga experiencia; éste que veis

aquí, cuya presencia es causa de que broten lágrimas de mis ojos centenarios, es comparable á Miguel el arcángel; su espada fué esgrimida en defensa del gran cautivo de Vincennes. El es el vencedor de Belial; él es el exterminador centauresco de los ejércitos bárbaros apostados esta mañana en las horcas patibularias de Montfaucon... ¿No os parece así? En tal caso, vosotros á quienes amo desde hace casi un siglo, abrid bien las pupilas y no bizquéis... porque en verdad os lo digo: es él, hele aquí!

Discurso tan elocuente é inflamado provocó inmenso clamor de bienvenida que hubo de ensordecer á Bernardo, el cual creíase transportado á una especie de infierno viendo cómo infinitas fantásticas y gesticulantes siluetas danzaban en torno á las hogueras encendidas en la plaza inmensa.

Por fin, gracias á los buenos oficios de Tafouilleux y de Almizcle, quienes habíanse además encargado de dar pienso y pajaza á Djaulia, Bernardo y sus amigos pudieron instalarse en casa de aquéllos para pasar el resto de la noche y velar más de cerca por la seguridad de Divina la loca.

Habíanse regalado con una espalda de cabrito rociada con cerveza; y evocando antes de dormirse algunos de sus recuerdos, el barón Cortomontel hubo de contar cómo diez y nueve años antes había él encontrado á Divina la loca errando por los caminos, y cómo compadecido de ella la llevara á París introduciéndola luego en la Corte de los milagros.

En estas y otras cosas pensaba Bernardo de Arma

tendido en el jergón prestado por el truhán benemérito, y luego apoyado en el codo, después de reconocer, como antes dijimos, á los que le rodeaban.

— Fuera pereza; — murmuró de pronto levantándose. — Es mucho lo que tengo que hacer. El gran marqués me preocupa sobremanera. ¿Qué es lo que se propone ese hombre? ¿Dónde se encuentra ahora? Con seguridad ha pasado por aquí. Las señas que Almizcle me ha dado de ese Gaultfarault que derribó el poste que sostenía el real decreto coinciden en absoluto con las del padre de Solange, tal y como éste estaba luego de hacerse afeitar y pelar en casa de ese judío estufista que me tomaba á mí por Sed de Sangre, y cuya traición he debido castigar. Por otra parte... Pero no: es una tontería pensar eso; no es San Roque el único que se hace acompañar en el cielo por un perro. Pero es indudable que uno y otro se han eclipsado de aquí. En fin, como el señor de Villanueva me espera esta misma noche en su hotel, allí podré saber á qué atenerme. ¿Y ahora, qué hago? ¿Despertar á Matraca? No; Cortomontel sabrá dirigirlo; ese seudobandido es fiel é inteligente...

Ya era completamente de día cuando Sed de Amor terminó su monólogo. Saltando por encima de los durmientes, y procurando no hacer ruido, abrió el batiente de planchas mal unidas que hacía veces de puerta entre el cuarto de Divina la loca y el de sus fieles guardianes, y una vez hecho esto, se detuvo, vaga la mirada, atormentado por una duda, y procurando acordarse de todo cuanto le fuera dicho concerniente al

llamado Gaultfarault, el héroe de aquella mañana, mejor dicho, de la del día anterior. A la mente de Bernardo acudió una observación hecha por Nataniel el leproso, el hombre que simulaba una edad avanzada. Este truhán había subrayado al hablar la conocida cobardía del rey de Thunes. ¿Cómo se explicaba que se hubiese mostrado de pronto como un héroe? Por otra parte, ¿qué se proponía el gran marqués al hacerse afeitarse y pelarse al rape? ¿Por qué modificar de tan singular modo su noble fisionomía? ¿Por qué sobre todo habíase separado de él, de Bernardo, luego de escuchar las divagaciones de Jonás el estufista, diciéndole estas palabras que aún danzaban en el cerebro del joven: « Dejadme vuestro perro, caballero, y tomad el caballo; un truhán como yo no puede tener semejante montura... »

Sí, el valeroso anciano había pronunciado aquellas palabras. Y precisamente el mismo día, pocos momentos después de separarse ambos, Gaultfarault, acompañado de un perro que nadie le había conocido hasta entonces, reintegraba la Corte de los milagros desertada por él, pero no así como se quiera, sino realizando, ¡oh, maravilla! un acto de inaudita temeridad.

Esta coincidencia iluminaba el cerebro de Bernardo.

El Gaultfarault valeroso no podía ser otro, en su concepto, que el padre de Solange, convenientemente transformado.

Parecía la cosa tanto más admisible cuanto que el hombre habíase alejado de nuevo sin decir á dónde iba, pero llevándose al perro, cuyos colmillos habían

estropeado la piel de algunos de sus congéneres de la Corte de los milagros, prueba evidente de que no se hallaba familiarizado con los representantes que la raza canina tenía en el barrio del Argot.

La voz de la loca, que se dejó oír cerca de él, arrancó al caballero á sus penosas meditaciones. Divina recitaba una vez más los primeros versos de la triste me-lopea oída ya por Bernardo la noche en que se produjo la evasión del marqués:

Buscandó voy á mi hijo
que se me llevó la guerra;
haga el cielo que lo encuentre,
permita Dios que yo vea
aquella ardiente mirada
de aquellos ojos que ciegan...

Divina daba vueltas en torno al asiento ocupado por Margarita vencida por el sueño, y parecía en realidad buscar algo.

Oprimióse dolorosamente el corazón del joven, mientras la loca, mirando la cama desierta en la que marcábase aún la huella de su cuerpo, seguía diciendo:

Eran su cuna mis brazos;
su vida, mi vida era.
¿Por qué me lo arrebataron?
¿Por qué tan sola en la tierra
sufro y lloro, condenada
á tan mísera existencia?

Daba lástima verla, y más aún oirla, pues su dolor no tenía nada de fingido.

Agitados por convulsivos movimientos los enrojecidos párpados, acercóse la loca á la ventana, y como si la luz del día no hiriera sus pupilas, indiferente á las idas y venidas de los madrugadores que daban una incipiente animación al inmenso cuadrilátero fangoso, convirtiendo al cielo los cansados ojos, moduló estas palabras :

En una sonrisa suya
deshacíanse mis penas
cual se deshace la sombra
al sonreír las estrellas.
¿Por qué la pálida luna
de mí se burla altanera?

Algo siniestro pasó entonces por su mirada. Parecíale ver al astro nocturno y que este escarnecía su dolor.

Hubo un instante de silencio, durante el cual el angustiado Sed de Amor lloró interiormente, compadecido de la indecible angustia de la madre mártir. Luego se estremeció con violencia al verla unir sus manos casi transparentes de tan delgadas, manos que tendió hacia lo alto en ademán de férvida plegaria.

No más duelo, niño mío,
ve que tu madre te espera;
acude á enjugar el llanto
que al alma arranca tu ausencia...
Mas ¡ay! que el eco implacable
responde siempre á mi queja :
« tu espera
¡quimera!... »

Temblo convulsivo agitaba el cuerpo de la sin ventura al balbucear estas últimas palabras que salieron de sus labios casi convertidas en un aullido. La crisis de que era víctima la pobre loca alcanzaba en aquellos instantes su maximum de intensidad. Seguramente hubiera caído desplomada al suelo de no acudir á sostenerla Bernardo de Arma, quien recibió entre sus brazos el pobre cuerpo suplicado por el recuerdo de una tragedia lejana.

— ¡Pobre mujer! — murmuró contemplando aquel rostro aún fresco, no obstante su demacración, aureolado por abundante y nívea cabellera. — ¡Ah, si yo pudiera devolverte el objeto de tus ansias! Porque tú lloras la ausencia de un hijo, como yo á mi vez lloro la de una madre que no me fué dado conocer...

Como Divina estaba desmayada y Bernardo se creía solo, impulsado por una idea tan generosa como espontánea, inclinóse sobre la loca y apoyó con respeto sus labios en el marfil ardiente de la frente anchurosa mientras murmuraba :

— Es el beso de un huérfano que lo daría todo por encontrar á su madre; á su madre cuyo amor sería de seguro comparable al que á ti te mereció el hijo á quien buscas inútilmente.

Bernardo estaba enternecido. Jamás, desde la época ya lejana en que hacía sus visitas á la muerta desconocida enterrada en el pequeño cementerio de Barbotan, no había experimentado emoción tan honda y tan sincera como la que en aquel instante le embargaba sin que él mismo pudiera decir porqué.

Nada era en efecto para él aquella mujer desmayada, y sin embargo cautivábale su rostro, y su voz había hecho vibrar sus nervios y estremecer su corazón, tal vez más violentamente aún que las serenas pupilas de Glorieta ó que la harmoniosa beldad de la señorita de Villanueva.

Claro es que no de la misma manera. Como á la muda, como á Solange, Bernardo quería ya, sin género alguno de duda, á la interesante indigente de la Corte de los milagros; pero este cariño inspirábasele la inconmensurable desgracia de aquella infeliz mujer para él tanto más sagrada cuanto más infelice.

Y sucedió que al contacto de los labios del joven serenóse el pálido semblante de Divina, y algo así como un bienestar indefinible pareció suceder á la repentina crispación del dolorido cuerpo.

— ¡Muerte de mis huesos! — exclamó Bernardo sorprendido. — ¿Tendré yo acaso el don de operar milagros? Si mi primer beso la ha calmado...

— El segundo la curará; — dijo detrás de él una voz recia. — Continúa pues, señor y redentor mío.

Volvió el caballero la cabeza y hubo de sorprenderse no poco viéndose en el centro de un semicírculo formado por Margarita, Tafouilleux, Almizcle, Matraca y Cortomontel.

— ¿Qué había sucedido? Sencillamente, que despertados de pronto por el grito final de la loca, habíanse precipitado todos hacia su habitación para saber lo que ocurría; pero hubieron de detenerse sobrecogidos por el emocionante espectáculo que se ofreció á su

vista, y lácitamente de acuerdo, guardaron todos silencio, asistiendo, sin atreverse á perturbarla, á la simpática y comprensible efusión del joven caballero.

Pero el exbandido no pudo contenerse y terminó como acabamos de ver la frase comenzada por Bernardo de Arma.

Roto así el encanto, Divina quedó confiada á los cuidados de Margarita, la bellaca de buenos sentimientos, mientras que precedido por Almizcle y Tafouilleux Bernardo de Arma salió acompañado de sus dos amigos y servidores en dirección al cobertizo bajo el cual debía haber pasado la noche Djaulia.

Pero no era empresa fácil que digamos la de llegar al indicado sitio, y así hubieron de reconocerlo los cinco hombres apenas se pusieran en marcha.

La fangosa Corte de los milagros presentaba en aquellos momentos animación extraordinaria, casi tumultuosa. Todos los enfermos más ó menos auténticos, los mendigos, rateros y pelantrines de los diversos barrios de París, parecían haberse dado cita en aquel sitio y precisamente en aquella mañana.

— ¿Está esto así todos los días? — preguntó Bernardo á Tafouilleux procurando esquivar ciertos frotamientos alarmantes.

— No por cierto; — respondió el otro. — Y para que la cofradía, ya algo excitada por el acontecimiento de ayer, se muestre de este modo levantisca, preciso es que una orden emanada de lo alto haya obligado á madrugar á nuestros perezosos amigos.

— Pues en Dios y en mi ánima, — observó Matraca,

— dijérase que hoy es día de sermón por estos barrios. Vea el señor caballero ahí cerca, encima de un tonel...

En efecto; en el fondo de un callejón del que ya hemos hablado, y encaramado en el trono que de ordinario ocupaba el rey del Argot, veíase gesticular á un hombrecillo sucisimo, en torno del cual la turba hormigueante de truhanes y bellacas formaba un público pestilente y alborotado.

— Ese es el tío Hipo, emperador de Galilea; — dijo Almizcle que disfrutaba de buena vista. — Su elevación, quiero decir, el hecho de que ocupe el trono, prueba que el gran Coesre no está aún de regreso.

— ¿De regreso? ¿Pero es que se sabe dónde ha ido?

— Gaultfarault, señor caballero, no nos ha hecho confidencia alguna desde hace veinticuatro horas; — afirmó el truhán. — Nuestro rey se ha vuelto misterioso, su carácter ha cambiado... en fin, que no es el mismo que hemos conocido siempre. Y en cuanto á saber donde ha ido, es de creer que debe ser por allá cerca del arrabal de San Germán, por cuanto esta misma noche, por orden suya, Fargas, Hueso de Tuétano y la Tetona han salido de aquí en seguimiento de uno de los servidores del gran marqués.

— ¡Del gran marqués! — repitió mentalmente Bernardo, acordándose de sus recientes deducciones. — De modo que no me equivoqué. El señor de Villanueva-Marsan ha realmente reintegrado su hotel. Esta misma noche acudiré á la cita que me ha dado, y ¡quién sabe! tal vez tenga la fortuna de ver á Solange.

Nuestros cinco compañeros procuraban deslizarse á través de la moviente multitud, para lo que les era preciso desplegar considerable energía. Preocupado con sus proyectos, Bernardo de Arma dejábase llevar, sin unir sus esfuerzos á los que realizaban sus compañeros; por lo cual hubo un momento en que nuestro grupo, englobado en la masa, vióse de pronto rechazado hacia el sitio en que la multitud era más densa, esto es, á los pies del regio tabladillo.

No hubo más remedio que detenerse, mirar, y escuchar.

Encaramado en el tonel, el tío Hipo, en pie, arengaba á la muchedumbre con palabra inarticulada y torpe por efecto de la tartamudez que le había valido su remoquete.

Aunque el hombre levantaba la voz cuanto le era posible, sus gritos poco eufónicos no lograban cubrir lo deshilvanado de la peroración, casi intraducible y que muy pocos escuchaban. En realidad, el tercer cónsul de la Corte de los milagros llamado á substituir al Coesre ausente, y al duque de Egipto, muy averiado como ya sabemos, parecía cumplir muy á la fuerza su ingrata misión de orador improvisado.

La masa de los hampones que sólo veía la parte cómica de la aventura, no estaba en condiciones de adivinar la causa del visible disgusto del poco elocuente emperador de Galilea. En cambio Sed de Amor apenas en presencia del rey suplente, adivinó que éste, en realidad, era tan sólo el portavoz de una tercera persona, invisible para todos, aunque no para Bernardo.

Así era en efecto. Detrás del tonel, y oculto á las miradas de los truhanes no sólo por el improvisado púlpito, si que también por el revuelo incesante de los andrajos del tío Hipo, hallábase un personaje de elevada estatura, cubierta la cabeza con amplio sombrero inclinado sobre la frente, la cara con un antifaz, y el cuerpo hercúleo con una capa de anchos pliegues.

El orador interrumpíase á cada momento, vacilaba, inclinábase hacia atrás y seguía enseguida hablando, para vacilar de nuevo é inclinarse otra vez al cabo de pocos momentos.

Era indudable que el desconocido le inspiraba, es decir, que le dominaba, comunicándole nuevas fuerzas. Así lo comprendió Bernardo enseguida. Y para saber á qué atenerse, y puesto que prisionero entre la multitud no podía ni avanzar ni retroceder, se decidió á escuchar lo que aquel hombre decía.

Con palabra torpísima por efecto de su tartamudez, de la que haremos gracia al lector, el hombre se expresó en estos ó parecidos términos, cuando pudo acallar las risas, gritos y astracanadas con que el público acogiera sus primeras frases :

— Bueno, puesto que ya os veo tranquilos, voy á deciros lo que podemos hacer para pasarlo bien durante algún tiempo. Pero ante todo, ¿ qué calificativo aplicaremos para juzgar la conducta de nuestro gran Coesre?

— ¿ Es que vas á hablarnos del rey de Thunes, galileo? — interrumpió una voz.

— ¡ Silencio! — ordenó el tío Hipo. — Hablaré como

quiera y de lo que quiera. Yo creo que es muy censurable que abandone á sus francos compañeros precisamente en los momentos en que el maldito canciller amenaza con arrasar nuestras casas y abolir nuestros privilegios.

— Como se apareciera en este momento, no sabrías tú dónde meterte.

— ¡ Silencio he dicho!

— Es que tú no ignoras lo que él hizo ayer mañana, sin ir más lejos, para afirmar la legitimidad de nuestros derechos; — insistió el protestante.

— ¡ Bah! Lo del poste del rescripto... Habría que saber si era muy sólido ese poste.

— Estaba defendido por gentes de armas.

— Que no se dieron mucha prisa que digamos para apoderarse de Gaultfarault... ¿ Y sabéis por qué?

— No; ¿ lo sabes tú acaso?

— ¡ Si está claro como el agua! Esas gentes de esto que pensaron que era inútil hacerse aporrear echando mano á Gaultfarault, puesto que este iría voluntariamente á encontrarles.

— Eso equivale á decir que nos ha hecho traición.

— Exacto. Lo afirmo y lo pruebo. Con la mediación de Gaspar Mouvette, se ha vendido a nuestra peor enemiga... Sí, sí. Hay quien le ha visto entrar en el Hotel de Soissons y salir de él acompañado de una de las más ladinas reclutas del escuadrón volante; una desvergonzada á quien conocen muy bien Isis la bella, Faustina y Mariola.

— ¿Quién es ella? — preguntó la hija del duque de Egipto.

— Miss Huming.

— Amigos míos, — interrumpió Nataniel el leproso, — ¿será posible una traición como esa? ¿En quién podremos tener confianza, dulce Jehovah? Pero si es eso cierto, ¿cómo se explica lo del poste?

— Como una hábil maniobra para engañaros mejor.

— ¿Y el rescripto pisoteado?

— Como una impertinencia premeditada precisamente para hacernos malquerer aún más. Ese es un gesto que pagaríamos todos nosotros bien caro, á no ser por...

— ¿Por? — repitieron varias voces impacientes.

— Por este viejo tío Hipo, cuyo talento no habéis sabido apreciar nunca en su justo valor, y que se ha propuesto salvar la situación, confirmar vuestros derechos y hacer de cada uno de vosotros un rentista capaz de jaranear durante quince días seguiditos.

La promesa era demasiado brillante para que no fuese acogida con extrema reserva. Sin embargo, pasado el primer momento de estupor, estalló la alegría desbordante y ruidosa.

Buen rato llevaba Bernardo de Arma escuchando distraído las frases que se cruzaban entre el orador y sus oyentes; habría podido alejarse, á favor de una canalización que se produjo en la cola que formaban los truhanes, y aún á ello le incitó Cortomontel; pero permaneció en su sitio, examinando con curiosidad el enmascarado gigante. Como si su mirada ejerciese

atracción sobre la otra, parecía á Bernardo que de los huecos del antifaz que ocultaba el semblante del extranjero partían dos rayos luminosos que iban á fijarse en él.

— ¡Por Dios vivo, — gruñó Matraca siguiendo la dirección de las miradas de su amo — preciso es que el señor caballero esté loco por su descreída curandera para mirarla de ese modo!

Tal observación sorprendió á Bernardo, quien no había observado aún la presencia de Fiamma.

Esta, oculta hasta entonces por la persona del hombre del antifaz, acababa de mostrarse y mirábalo también, cambiando con el desconocido palabras que debían referirse á él, á Bernardo.

Habiendo hecho el hombre un ademán, la joven abandonó su sitio para acercarse al caballero.

— ¡Hijos míos bien amados! — decía en aquel momento, enternecido, Nataniel el leproso. — Este tío Hipo, á quien hubiera querido llevar en mi seno durante noventa meses si Jehovah se hubiese servido hacerme bellaca, va á hablar con pico de oro. ¡Por Abraham, Isaac y Leví, escuchémosle!

— Sí, escuchadme, — continuó el emperador de Galilea. — Si, siguiendo mis consejos, no obtenéis esta misma mañana fortuna, honor y gloria, en los funerales que van á celebrarse en la calle grande de San Antonio, os quedará aún la probabilidad de ganar las tres cosas yendo á la torre de Nesle.

Fiamma llegaba entonces junto á Sed de Amor.

— Caballero, — murmuró tomándole la mano; —

salgamos de estas apreturas; por aquí, venid conmigo, y dadme nuevas de vuestra herida.

Dejóse arrastrar Bernardo, y en su distracción no advirtió que ni Cortomontel ni Matraca, muy interesados por las proposiciones del truhán orador, no le seguían.

— ¿Mi herida? — contestó sonriente. — ¿Quién se acuerda ya de ella? Vuestro bálsamo soberano hace milagros, encantadora enfermera. Pero decidme, decidme: ¿cómo es que os encuentro en este sitio? ¿Qué se ha hecho de Bar Cobral, á quien llamáis Salem Kebir, y quién es ese enigma viviente con quien os he visto hablar hace un momento?

— Calma, calma, señor caballero, que son muchas esas preguntas para contestadas de una sola vez; no tardaré en satisfacer vuestra curiosidad... Por ahora, sabed que tengo algo que entregaros, y una vez sabido esto, decidme dónde y cuándo puedo veros...

— ¿Pues no estaba convenido, hermosa? — dijo Bernardo siempre galante. — Esta noche, junto á la puerta falsa situada á espaldas de los jardines del Hotel de Villanueva-Marsan.

— Pues hasta esta noche, caballero, y gracias; — dijo la joven. — Ahí tenéis vuestra montura; yo me voy, que hago falta en otra parte.

Un alegre relincho saludó en efecto á Bernardo. Era Djaulia, quien sin duda echaba de menos á su amo.

Aproximóse éste á la noble bestia y disponíase á acariciarla cuando estalló frenética aclamación, seguida inmediatamente de una desbandada general.

— ¿Qué significa esto? — preguntó Bernardo á la joven.

— ¿Otra pregunta? — dijo ella; — en verdad que sois insaciable. Permitidme, a propósito de esta última, que os haga una recomendación. No vayáis á pasearos esta mañana por los alrededores de la calle de San Antonio porque correrán por allí malos vientos. Y ahora contestaré con una sola frase á vuestras cuatro preguntas. Yo estaba aquí con mi maestro, el hombre del antifaz que tanto os ha intrigado; y es él, Salem Kebir, quien acaba de lanzar hacia Paris á todos los moradores de la Corte de los milagros.

— ¡Ah! — dijo Sed de Amor cabalgando en Djaulia; — pues voy á reunirme con Bar Cobral quien me debe una explicación.

Desgraciadamente para él, aun cuando recorrió todo el perímetro del dominio de los truhanes, no pudo Bernardo tropezar con su hombre, como tampoco consiguió dar con Matraca ni con Cortomontel.

Un viento de locura acababa de arrastrar en tromba al temible ejército de los truhanes, en términos que Bernardo pudo apenas cruzarse con algunos de ellos, los rezagados, en el callejón llamado Tripa de Concepción.